

“Democracia” y democracia

Consideraciones acerca de ambas

La etimología es una disciplina crítica, ya que problematiza los significados, que tienden a naturalizarse. Cuáles son los significados más antiguos que conocemos de tal palabra, cuáles son los posteriores y los actuales, y qué “distancia” y qué “recorridos” hay entre aquellos y estos. Estas cuestiones apelan al pensamiento crítico, que se fija en las diferencias, en las no coincidencias, en los desplazamientos.

El sustantivo griego “arkhé” se puede traducir como ‘principio, inicio’, ‘autoridad’, y el verbo “árkho”, de la misma raíz, como ‘comenzar’, ‘mandar’. Ambas palabras suponen la idea de ‘preeminencia’, ‘autoridad’. Estos matices se encuentran en varias palabras españolas que derivan de aquella raíz griega: “monarquía”, “oligarquía”, “jerarquía”¹, junto a “patriarcado” y “matriarcado”², que a menudo se usan en lugar de “androcracia” y “ginecocracia”. “-Cracia”, elemento en común de estas dos últimas palabras, proviene del sustantivo griego “kratos”, traducible como ‘fuerza, poder’, y se encuentra también en “aristocracia”, “plutocracia”, “gerontocracia”, entre tantas más.

Estas dos raíces griegas, “arkhé” (o “árkho”) y “kratos”, proponen relaciones verticales, en las cuales alguien o algunos están por encima, y otros, por debajo. El par “mandar-obedecer” es parte de estas consideraciones previas. A quienes toleramos mal la verticalidad, solo nos resultan de recibo precedidas de la negación: “an-arkhé” y “a-kratos”, anarquista y ácrata. Todas las otras palabras que contengan estas raíces terminan legitimando diferentes formas de coerción.

Hay una palabra que deliberadamente quedó fuera de los repertorios anteriores: “democracia”. “Demos” nombra, en griego, a cada una de las divisiones en las que se agrupaba la población, y se suele traducir como ‘pueblo’. La mera palabra “democracia” permite pensar que el pueblo puede ser soberano; hubo un día en que esto pasó de ser impensable a ser pensado. Tal vez esa sea su primera virtud. Cuántas personas integran el “demos” con legitimidad jurídica y por lo tanto tienen “kratos” es una circunstancia histórica sujeta a muchas condiciones (económicas, sexuales, étnicas...), y qué

decisiones son efectivamente capaces de tomar los integrantes del “demos” también es una circunstancia histórica sujeta a otras tantas condiciones. Estas dos variables, que corresponden a los dos elementos que forman esa palabra, vuelven particularmente interesantes la larga búsqueda y la lenta construcción de las diferentes formas de gobierno.

Los sistemas políticos son fenómenos históricos. Hoy puede resultar ridículamente escaso el número de integrantes de la asamblea con capacidad de tomar decisiones políticas en la Atenas de Pericles: solo los varones atenienses libres. Pero comparado con el período previo, el salto tanto cuantitativo como, especialmente, cualitativo es enorme. Virtud de Pericles, sin duda. Ya en la modernidad, recuperamos la palabra “democracia” a partir de la guerra civil inglesa de 1642 a 1647, y luego las expresiones “democracia representativa” y “democracia liberal”³. A propósito, la siguiente premisa resulta fundamental: para que la democracia sea, es imprescindible que todos los integrantes del demos compartan *por igual* el kratos. En este punto, la democracia debe asumir la igualdad de los integrantes de la asamblea. No alcanza con la posibilidad teórica de la participación de los ciudadanos; es necesario, es decir, inevitable, que cuenten con las condiciones materiales⁴ y con los elementos críticos que les permitan ejercer su voluntad política libremente, entendiendo que todo esto forma parte de la definición de “democracia”. “Necesario” significa ‘que forzosa o inevitablemente ha de ser o suceder’: si estos requisitos no están contemplados, ¿qué contingencia semántica permite hablar de “democracia”? El proceso de construcción de estas condiciones materiales e intelectuales es muy encomiable, pero, mientras tanto, en lugar de sistema democrático, tal vez habría que llamarle así: sistema encomiable.

En estos últimos tres o cuatro siglos ha sido prácticamente constante el crecimiento de la cantidad de personas con capacidad políticamente legitimada de tomar decisiones. Virtud de la modernidad occidental, sin duda, aunque eso no nos impide pensar que sigue faltando mucha gente. Y las decisiones políticas que este demos creciente es capaz de tomar también han aumentado, y se han profundizado, y se han afinado, aunque, de nuevo, eso no nos impide notar que, a saber, no se presenta a elecciones el sistema económico, cuyas consecuencias incluyen los modos de producción y de consumo, la

configuración del conocimiento y la información, el acceso al conocimiento y a la información, indispensables hasta para la más mínima actividad política, que tampoco se presentan a elecciones algunos “principios básicos” como la propiedad de la tierra, la herencia, el lucro⁵, que hay, en definitiva, muchos agentes del kratos, grupos más o menos indeterminados, más o menos anónimos, que no lo ejercen ni por mandato ni para beneficio del demos, sino que imponen sus intereses, sus apriorismos y la legitimidad de la imposición de sus intereses y sus apriorismos... El progreso y el mercado, dos derivaciones del positivismo, que es la oficialidad epistemológica, describen el mundo de tal modo que esta descripción sostiene aquella legitimidad. ¿Qué vicisitudes semánticas permiten, entonces, sugerir que el pueblo es soberano? Estos contrastes tal vez estén relacionados con que, en cuanto a la participación de los pueblos en las decisiones políticas, el antiguo régimen dejó la vara bastante baja...

Pero nada nos impide abstraernos de las circunstancias históricas y considerar, por un momento, algunas condiciones ideales en las que todos integren el demos (sean quienes sean) y tengan por igual todo el kratos (signifique esto lo que signifique): propiamente una democracia⁶. El poder se distribuye horizontalmente entre los integrantes de la polis y desaparece la verticalidad. Así como “an-” niega “arquía”, “demo-” neutraliza “cracia”. La democracia es una audaz propuesta expropiatoria –esta audacia se enfrenta al consenso verbal de no discutirla: la invoca gente de todos los pelos– que toma el poder de las manos de quienes piensan que el poder les pertenece. Platón escribe en el libro VIII de su *República* que los demócratas terminan pareciéndose a los anarquistas. Qué cosa que se use justo esa palabra para nombrar esto. Se abusa de las palabras prestigiosas, porque blanquean, disculpan, legitiman: ¿dónde, cuándo se perdió ese carácter expropiatorio? Sin embargo, la ilusión de que “democracia” nombre exactamente a la democracia postularía, para este término, la transparencia, la referencialidad, la indiscutibilidad. La distancia que hay entre el significado de la prestigiosa “democracia” y la circunstancia política que hoy designa y prestigia vuelve a formular aquella pregunta: a qué recurso lingüístico, cultural, ideológico se apela al usar “democracia” para nombrar esta liturgia, cuál es el recorrido que cubre esa distancia, porque la elección de esta palabra es parte de la misma

construcción histórica. Dos mil quinientos años después de Pericles, sigue siendo un proyecto, y uno profundamente revolucionario, como había notado peyorativamente Platón.

1 En la Edad Media, ‘autoridad sacerdotal’.

2 La traducción etimologista de “patriarcado” y “matriarcado” es ‘preeminencia de los padres y de las madres’. Engels escribe que tanto uno como el otro son formas de gestionar el principio de herencia, por línea masculina o femenina. Por eso aluden a los padres y las madres, y no a los varones y las mujeres. “Androcracia” y “ginecocracia”, en cambio, se pueden definir como ‘poder de los varones’ y ‘poder de las mujeres’.

3 “Representativa” y “liberal” resultan reveladores: nos ponen a salvo del riesgo de andar pensando que se trata de democracia a secas.

4 El pago por asistir, nomás, a la asamblea o por ejercer un cargo electivo va en ese sentido, acercando (que nunca es equiparando...) la posibilidad de participación política de los pobres a la de los ricos.

5 El hecho de que estas formas de poder no sean prerrogativa del demos convierte a las elecciones, per se tan valiosas, en poco menos que una liturgia, eventualmente a períodos regulares.

6 Robespierre, uno de los malos más malos de la historia, propone la siguiente definición: “un Estado en el que el pueblo soberano, guiado por leyes que son obra suya, actúa por sí mismo siempre que le es posible y por sus delegados cuando no puede actuar por sí mismo.”